

SERMON  
PARA EL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

Tunc videbunt Filium hominis venientem  
in nube cum potestate magna et majestate.  
Verán entonces al Hijo del hombre que  
vendrá sobre una nube con gran poder y  
majestad.

Luc. 21. v. 27.

SEÑOR:

Este ha de ser el último espectáculo que acabará las revoluciones eternas que la figura de este mundo ofrece cada día á nuestra vista, y que ó nos divierten con su novedad ó nos engañan con sus encantos; tal será la venida del Hijo del hombre el día de su revelacion, el cumplimiento de su reino y la entera redencion de su cuerpo místico; tal el día en que se manifiesten las conciencias, aquel día de calamidad y desesperacion para unos, y de paz, alegría y consuelo para otros; la esperanza de los justos, el terror de

TOM. I.—P. 10.

los pecadores, el día en que se decidirá la suerte de todos los hombres.

Esta imágen siempre presente que las profecías del Salvador acerca de este terrible día habian dejado á los primeros fieles, los hacia pacientes en las persecuciones, alegres en los trabajos, gloriosos en los oprobios; esta fué la que mantuvo despues la fe de los mártires, animó la constancia de las vírgenes, suavizó á los anacoretas los horrores del desierto; esta la que aun hoy puebla las soledades religiosas que levantó la piedad de nuestros padres contra el contagio del siglo.

Vosotros mismos, católicos, acordándoos alguna vez del formidable aparato de este gran suceso, no habeis podido menos de compungiros y temer con su memoria; pero estos temores han sido pasajeros, se disiparon al instante con otras ideas suaves y alegres que sucedieron y que os restituyeron á vuestra antigua calma. ¡Oh Dios! en los tiempos felices de la Iglesia se hubiera tenido por apostasía de la fe el no desear el día del Señor; todo el consuelo de los primeros discípulos era el esperarle, y aun era menester que acerca de esto moderasen los apóstoles la santa ansia de los fieles, y hoy es necesario que la Iglesia se valga de todo el terror de nuestro ministerio para hacer acordar de él á los cristianos, y todo el fruto de nuestros discursos se reduce á hacerle temer.

No obstante, no es mi intento referiros aquí toda la historia de esta terrible venida; quiero ceñirme á una de aquellas circunstancias que me ha parecido siempre mas propia para hacer impresion en los corazones, y es la manifestacion de las conciencias.

Es, pues, mi intento manifestar que el pecador en la tierra nunca se conoce tal como es, ni es mas que medio

conocido de los hombres; vive por lo comun desconocido á sí mismo por su ceguera y á los demás por sus disimulos y artificios. En este gran día se conocerá y será conocido; el pecador manifestado á sí mismo y el pecador manifestado á las criaturas, son los dos puntos sobre que he determinado hacer algunas sencillas y edificantes reflexiones. Imploramos, etc. *Ave María.*

#### PRIMERA PARTE.

*Todo se reserva para lo por venir, dice el sábio, y queda incierto en la tierra, porque todo sucede igualmente al justo y al injusto, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que ofrece víctimas y al que desprecia los sacrificios.*<sup>1</sup> Porque á la verdad, católicos, ¿qué idea formaríamos de la Providencia en el gobierno del universo si juzgásemos de su sabiduría y de su justicia por los diversos destinos que en el mundo da á los hombres? ¿seria posible que los bienes y los males se dispensasen en la tierra sin distincion, sin eleccion y sin respeto? ¿habia de gemir el justo casi siempre en la afliccion y en la miseria, viviendo el impío al mismo tiempo cercado de gloria, de placer y de abundancia? ¿y despues de tan diferentes fortunas, de costumbres tan contrarias, habian ambos de caer igualmente en un eterno olvido, sin que el Dios justo y vengador que han de hallar despues, se dignase de pesar sus obras y discernir sus méritos? ¡Oh Señor! vos sois justo y á cada uno le dareis segun el mérito de sus obras. Supuesto este gran punto de la fe cristiana, tan conforme á la equidad natural, digo: que en este terrible día, en que á vista de todo el universo

<sup>1</sup> Eccles.

parecerá el pecador ante el terrible tribunal, acompañado de sus obras, será la manifestacion de las conciencias el mayor suplicio del alma infiel. Primeramente se hará patente á sí misma con un riguroso exámen, cuyas circunstancias voy á manifestaros.

No quiero detenerme en ponderaros los títulos propios del que os ha de examinar y que anuncian todo el rigor de que ha de usar cuando pese en su peso vuestras obras y pensamientos; será un legislador severo, celoso de la santidad de su ley, y que os juzgará segun ella; se desvanecerán todas las mitigaciones, todas las vanas interpretaciones introducidas por la costumbre ó inventadas por una falsa ciencia; las disipará todas el resplandor de la ley, caerán las vanas salidas con que habian halagado al pecador, y el legislador irritado examinará casi con mas rigor las falsas interpretaciones que habian alterado su pureza, que las trasgresiones manifiestas con que habia sido violada; será un juez encargado de los intereses de la gloria de su Padre contra el pecador, establecido para juzgar entre Dios y el hombre, y este dia será el dia de su celo por el honor de la Divinidad contra los que no la hayan tributado el honor que la es debido; será un Salvador que os manifestará sus llagas para echaros en cara vuestra ingratitude; cuanto ha hecho por vosotros se volverá contra vosotros; su sangre, precio de vuestra salud, levantará su voz y pedirá vuestra perdicion, y el desprecio de sus favores se contará entre vuestros mayores delitos; será el escrutador de los corazones, á cuya vista se manifestarán los mas ocultos consejos y los mas secretos pensamientos. Finalmente, será un Dios de una majestad terrible, en cuya presencia se desharán los cielos, se confundirán los elementos, se trastornará toda la naturaleza, y se hallará el pecador so-

lo y precisado á sufrir su exámen y el terror de su presencia.

Ved aquí, pues, las circunstancias de este terrible exámen. Primeramente, será el mismo respecto de todos los hombres. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes,*<sup>1</sup> dice otro evangelista. No se atenderá ni á la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento ni de temperamento, y como el Evangelio por donde habeis de ser juzgados es la ley de todos los tiempos, de todos los Estados y que propone unas mismas leyes al noble y al plebeyo, al príncipe y al vasallo, á los grandes y al pueblo, al solitario y al que vive entre los negocios del mundo, al fiel que vivia en el fervor de los primeros tiempos y al que ha tenido la desgracia de vivir en la relajacion de estos siglos, no habrá distincion alguna en el modo de examinar á los culpados. Las excusas fundadas en la dignidad, en el nacimiento, en los peligros de su estado, en las costumbres de su siglo, en la debilidad del temperamento, serán vanas, no se admitirán, y el justo Juez pedirá entonces tan exacta cuenta acerca de la castidad, de la modestia, de la ambicion, del perdon de las ofensas, de la negacion de sí mismo, de la mortificacion de los sentidos, al griego como al bárbaro, al pobre como al rico, al que vivió en el mundo como al que vivió en la soledad, al príncipe como al simple ciudadano; finalmente, á los cristianos de estos últimos tiempos, como á los primeros discípulos del Evangelio. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes.*

¡Oh vanos juicios de la tierra, qué habeis de hacer entonces tan extraordinariamente confundidos! ¡qué poco caso haremos de la nobleza de la sangre, de la gloria de

<sup>1</sup> Math. 25, v. 32.

nuestros mayores, del resplandor de la reputacion, de la distincion de los talentos y de todos los pomposos títulos con que acá en la tierra procuran los hombres exaltar su bajeza y sobre los que fundan tantas distinciones y privilegios; cuando veamos en aquel monton de culpados al soberano confundido con el esclavo, los grandes con el pueblo, los sábios puestos sin orden entre los ignorantes y simples, los dioses de la guerra, aquellos hombres invencibles y gloriosos que habian llenado el mundo con el ruido de su nombre, puestos al lado del rústico, del labrador. ¡Oh Dios mio! vos solo teneis la gloria, el poder, la inmortalidad; los demás títulos de soberbia serán destruidos y aniquilados con el mundo que los inventó, y cada uno parecerá rodeado solamente de sus obras.

En segundo lugar. Este exámen será universal, esto es, se harán en él presentes todas las edades y todas las circunstancias de nuestra vida, las flaquezas de la niñez, que se os han olvidado, los excesos de la juventud, en la que casi todos los instantes fueron otros tantos delitos; la ambicion y cuidados de una edad mas madura, la obstinacion y los pesares de una vejez acaso lasciva. ¡Qué espanto, católicos, cuando volviendo á pasar por las diversas escenas que habeis representado en el mundo, os halleis en todas profano, disoluto, voluptuoso, sin virtud, sin penitencia, sin buenas obras, sin haber pasado por todos estos estados mas que para juntar mayor tesoro de indignacion y habiendo vivido en todos como si todo hubiera de morir con vosotros!

La variedad de sucesos que acá en la tierra se suceden unos á otros y que dividen nuestra vida, no fijan nuestra atencion mas que á lo presente, y no nos permiten que nos acordemos de ella toda entera, ni que veamos todo lo que

somos; nunca registramos mas de lo que nos ofrece nuestro estado presente; la última situacion es siempre por la que juzgamos de nosotros mismos. Un pensamiento de salvacion con que Dios nos favorece alguna vez, calma en nosotros la insensibilidad de muchos años; un dia empleado en ejercicios de piedad nos hace olvidar toda una vida delincuente; el confesar nuestros pecados en el tribunal de la penitencia, los borra de nuestra memoria y nos olvidamos de ellos como si nunca los hubiéramos cometido; en una palabra, nunca vemos mas que lo presente del estado de nuestra conciencia; pero delante del terrible Juez todo se presentará junto, se manifestará la historia toda entera; desde el primer pensamiento que formó vuestro corazon, hasta su último suspiro, todo se pondrá á la vista. Aquí se reunirán todas las iniquidades repartidas por las diferentes edades de vuestra vida, sin que se oculte ni una accion, ni un deseo, ni un pensamiento, ni una palabra; ¿pues qué será de nuestras obras cuando están contados hasta nuestros cabellos? Veremos revivir toda la carrera de nuestros años, que estaba como aniquilada para nosotros y que no obstante vivia en la presencia de Dios; hallaremos en ella, no las historias percederas en que debian conservarse para la posteridad nuestras vanas acciones, no aquellas relaciones lisonjeras de nuestras militares hazañas y de aquellos admirables sucesos que habian llenado tantos volúmenes y agotado tantas alabanzas; no aquellas memorias públicas en que estaba señalada la elevacion de nuestro nacimiento, la antigüedad de nuestro origen, la gloria de nuestros antepasados, las dignidades que los condecoraron, el lustre que nosotros hemos añadido á su nombre, y toda la historia, por decirlo así, de las ilusiones y errores humanos; esta inmortalidad tan ponderada que nos prometia-

mos, será sepultada entre las ruinas del universo; pero al mismo tiempo veremos la historia mas terrible y mas exacta de nuestro corazon, de nuestro espíritu, de nuestra imaginacion, esto es, aquella parte interior é invisible de nuestra vida, tan desconocida á nosotros mismos como á los demás hombres.

Sí, católicos, además de la historia exterior de nuestras costumbres, que todo se hará presente, lo que mas nos admirará será la historia secreta de nuestro corazon, que entonces se manifestará toda entera á nuestra vista, de este corazon que nunca habiamos sondeado ni conocido; de este corazon que sin cesar se nos ocultaba á nosotros mismos, y que con nombres especiosos nos disfrazaba la vergüenza de sus pasiones; de este corazon, cuya grandeza, rectitud, magnificencia, desinterés y bondad tanto habiamos ponderado; á quien el público error y la adulacion habian mirado como tal y que nos habia colocado sobre los demás hombres. Tantos vergonzosos deseos que apenas se habian formado cuando procurábamos ocultarlos aun á nosotros mismos; tantos ridículos proyectos de fortuna y elevacion, halagüeños errores á que nuestro corazon engañado se entregaba sin cesar; tantas envidias ruines y secretas, las que por soberbia disimulábamos, siendo, no obstante, como eran, el principio invisible de toda nuestra conducta; tantas disposiciones pecaminosas, que mil veces nos indujeron á desear el que fuesen eternos ó que quedasen sin castigo los deleites de los sentidos; tantos ódios y rencores que corrompieron nuestro corazon aun sin saberlo nosotros; tantos pensamientos obscenos y viciosos, de los que con tanta gracia nos gloriábamos; tantos proyectos infames á los que solo faltó la ocasion, de los que no hicimos caso porque no salieron de nuestro corazon; en una palabra, aquella varie-

dad de pasiones que siémpre se sucedieron unas á otras en nuestro interior. Todo esto es lo que se manifestará á nuestra vista. Veremos salir, dice San Bernardo, como de una emboscada, delitos sin número, de los que nunca nos habiamos creído culpables. *Prodient ex improviso, et quasi ex insidiis.* Seremos manifestados á nosotros mismos, se nos hará entrar en nuestro corazon, en el que nunca habiamos habitado. Una repentina luz iluminará este abismo, se revelará este misterio de iniquidad, y veremos que lo que mas ignorábamos de nosotros era á nosotros mismos.

Al exámen de los males que hemos hecho sucederá el de los bienes que dejamos de hacer. Se nos acordarán entonces las infinitas omisiones de que ha estado llena nuestra vida y de las que ni aun remordimientos habiamos tenido; tantas circunstancias en que por nuestro carácter estábamos obligados á dar gloria á la verdad y en que la hicimos traicion por viles intereses ó por condescendencias indignas; tantas ocasiones de hacer bien como Dios nos habia presentado y las despreciábamos casi siempre; tantas ignorancias culpables y voluntarias por haber temido siempre á la luz y huido de los que nos podian instruir; tantos sucesos tan propios para abrirnos los ojos y que solo sirvieron de aumentar nuestra ceguera; tanto bien como pudiéramos haber hecho con nuestros talentos ó ejemplo, y le hemos estorbado con nuestros vicios; tantas almas á quienes con nuestras liberalidades hubiéramos podido conservar en la inocencia, y las hemos dejado perecer por no haber querido cercenar nada de nuestras profusiones; tantos delitos como hubiéramos podido hacer evitar á nuestros inferiores ó iguales con reprensiones discretas y consejos útiles, los que la indolencia, la cobardía ó acaso otros fines mas culpa-

bles nos han hecho suprimir; tantos días, tantos instantes como hubiéramos podido aprovechar para el cielo, pasados inútilmente y en una indigna ociosidad. Y lo mas terrible es que esta será la parte mas inocente de nuestra vida que se presente á nuestra vista, y que á lo mas ofrece un gran vacío á nuestra memoria.

¡Qué pesar entonces para el alma fiel el ver tantos días perdidos, sacrificados á la inutilidad y al mundo que ya pereció, cuando un solo instante consagrado á un Dios, fiel en sus promesas, hubiera podido merecerla la felicidad de los santos! ¡el ver tantas bajezas, tantos rendimientos por unos bienes y una fortuna miserable que no habian de durar mas que un instante, cuando una sola violencia sufrida por Jesucristo hubiera podido asegurarla un reino inmortal! ¡Qué pena el ver que no hubiera tenido necesidad de tantos cuidados ni de tantos trabajos para salvarse como ha padecido para perderse, y que un solo día de esta larga vida de los que empleó para el mundo, le hubiera bastado para la eternidad!

A este exámen sucederá, en cuarto lugar, el de las gracias de que habeis abusado; tantas inspiraciones santas despreciadas ó mal obedecidas, tantos cuidados y atenciones de la divina Providencia con vuestra alma inutilizados; tantas verdades como os hemos predicado, que en otros fieles han obrado la penitencia y la salud y siempre han caido en vano en vuestros corazones; tantos contratiempos y aflicciones como os envió el Señor para llamaros á sí, de las que no quisisteis aprovecharos; tantos dones, aun de naturaleza, que debian fundar en vosotros esperanzas de virtud y de que os valisteis para fomentar vuestros vicios. ¡Ah! si el siervo inútil solo por haber escondido su talento fué arrojado á las tinieblas exteriores, ¿qué perdon podreis es-

perar vosotros que recibisteis tantos y los habeis empleado todos contra la gloria del Señor que os los entregó?

¿Qué cuenta tan terrible será esta? Jesucristo os pedirá el precio de su sangre: os quejais algunas veces de que Dios no hace bastante por vosotros, que os hizo nacer flacos y de un temperamento de que no sois dueños, y no os da los auxilios necesarios para resistir á las ocasiones en que estais metidos! ¡Ah! ¡y cómo vereis entonces que toda vuestra vida ha sido un continuo abuso de sus dones! Vereis cómo entre tantas naciones infieles que no le conocian, fuisteis los privilegiados, ilustrados, llamados á la fe, mantenidos con la doctrina de la verdad y con la virtud de los Sacramentos, socorridos continuamente con sus inspiraciones y gracias. Os admirareis al ver cuánto ha hecho Dios por vosotros y lo poco que vosotros habeis hecho por Dios. Vuestras quejas se mudarán en una confusion profunda, que no hallará mas consuelo que la desesperacion.

Hasta ahora el justo Juez solo os ha examinado de los delitos que son propios vuestros. ¿Pero qué será cuando entre en cuenta con los pecados ajenos, de que fuisteis ocasion ó causa en vuestros prójimos, y que por consiguiente se os han de imputar? ¿Qué nuevo abismo os presentarán todas las almas á quienes fuisteis motivo de ruina ó escándalo, todas las almas á quienes vuestras conversaciones, vuestros consejos, vuestros ejemplos, vuestras solicitudes, vuestras inmodestias precipitaron con vosotros en una perdicion eterna; todas las almas cuya flaqueza engañasteis, cuya inocencia corrompisteis, cuya fe pervertisteis, cuya virtud trastornasteis, cuyo libertinaje autorizasteis, cuya impiedad asegurasteis con vuestras persuaciones, ó con el ejemplo de vuestra vida! Jesucristo, de quien son y que las rescató con su sangre, os las pedirá como su mas